



CULTURA

«EL HEREJE» SERÁ ADAPTADO AL CINE Y LA TELEVISIÓN

El escritor vallisoletano reúne una docena de sus novelas preferidas en una colección. El primer volumen incluye -revisadas por el autor- «El camino», «La mortaja» y «La hoja roja»

Delibes revisa y corrige su obra para fijar una edición definitiva

«Diles que el señor Delibes no está para ser presentado en sociedad». Éste fue el mensaje que el autor vallisoletano dio a su editor, Andreu Teixidor de Ventós, para excusar ayer su ausencia ante la prensa. Sí estuvieron presentes, en cambio, dos buenos amigos suyos, Víctor García de la Concha y Francisco Umbral, quienes no escatimaron elogios para ensalzar las no pocas excelencias del gran escritor.

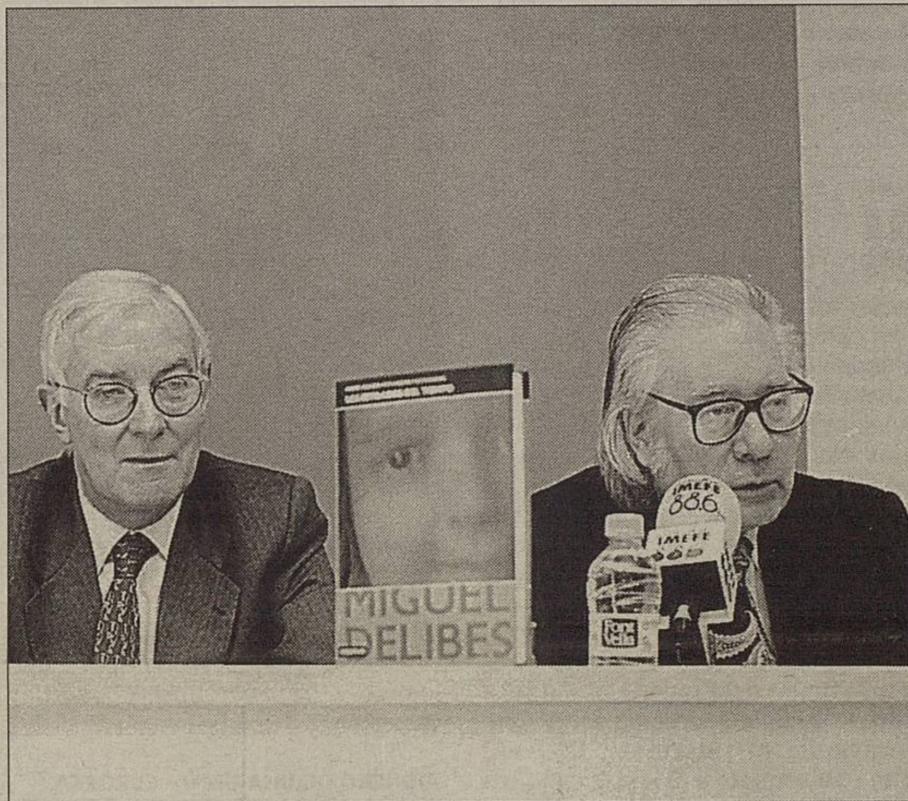
MADRID. **Natividad Pulido**

La convocatoria tenía como misión presentar «Los estragos del tiempo», el primer volumen de la colección «Mis libros favoritos» (Destino). No se trata de la edición de sus obras completas, ni de una biblioteca de autor al uso. Es, por contra, algo muy especial.

Miguel Delibes ha revisado su vasta obra y ha hecho una selección de sus doce títulos preferidos. Cada volumen, que aparecerá semestralmente, será prologado por un reconocido hispanista o crítico literario e incluirá tres títulos, articulados siempre por algún vínculo. El primero en aparecer, «Los estragos del tiempo», reúne «El camino», «La hoja roja» y «La mortaja». El prólogo es de Giuseppe Bellini, catedrático de la Universidad de Milán. Otros libros escogidos por el propio Delibes para esta colección son «Cinco horas con Mario», «Señora de rojo sobre fondo gris» y «Las ratas», entre otros.

SUPRESIÓN DE LOS LAÍSMOS

Aparte de la posibilidad de releer a Delibes (una poderosa razón por sí sola), esta nueva edición de su obra tiene el aliciente añadido de que el autor ha revisado (y corregido) cada texto -ha suprimido laísmos, por ejemplo- con el fin de que sean ediciones definitivas. Pero no es ésta la única noticia en torno a Delibes. Su última y aclamada novela, «El hereje», que lleva ya vendidos en España más de 350.000 ejemplares y que será traducida el próximo año a numerosos idiomas, se adaptará al cine y a la televisión. Sin entrar en detalles, pues no está aún cerrado, Teixidor apuntó que el proyecto será internacional y «muy ambicioso». Se prevé que coparticipen RTVE y otras tele-



Daniel G. López

García de la Concha y Umbral se reunieron ayer para hablar de Delibes

visiones europeas. Será una serie de dos capítulos. En cuanto a la gran pantalla, aún no hay nombres.

No acaba ahí la cosa. La cadena francesa TV Trois, en coproducción con la anglosajona Discovery, ha realizado la serie «Grandes escritores del siglo». Entre los 250 autores elegidos, cuatro españoles: Lorca, Alberti, Cela y Delibes. Además, coincidiendo con los 50 años de la publicación de «El camino», se editará en el 2000 un facsímil de esta obra, que será presentada en la Feria del Libro. Por último, se organizará en Valladolid la «Ruta de Cipriano Salcedo», protagonista de «El hereje».

Umbral, que hoy será investido doctor «honoris causa» por la Complutense, se centró en la crueldad como categoría estética en la obra de Delibes. En su opinión, este «matari-fe literario de la crueldad humana» se ensaña para hacer partícipe al lector del sufrimiento y la humillación. Confiesa Umbral que lloró con «Los santos inocentes» («ya sólo tengo lágrimas estéticas, por lo que pasa en los libros, no en la vida», dice). Una gloriosa crueldad que advierte en numerosas páginas de Delibes: en la so-

ledad del niño («La mortaja»), en la agonía del cerdo («Las ratas»), en la viuda que ridiculiza a su marido de cuerpo presente («Cinco horas con Mario»)...) Como lector, reconoce que le hubiera gustado que Delibes hubiera hecho más novela urbana, que hubiera retratado más a la pequeña burguesía vallisoletana.

Pocos autores, comenta Víctor García de la Concha, han logrado crear en su obra un mundo tan preciso como Delibes, «uno de los grandísimos escritores de nuestro siglo». Ese mundo quedó configurado en «El camino». «Ahí aparecen ya las líneas vertebrales de su mundo novelístico: temas, actitud, perspectiva y escritura», señala. La naturaleza, el hombre (especialmente los grandes perdedores) y el tiempo son, para el director de la Real Academia Española, sus grandes temas: «Miguel Delibes ha descubierto a los españoles el sentido de la naturaleza. Trata de salvar esa naturaleza amenazada, hecha pueblo, en y por la palabra». De la Concha le tilda como «el gran registrador de la lengua viva del pueblo; ha salvado el léxico y ha enriquecido la prosa castellana».

Hospitalizado José Hierro por una insuficiencia respiratoria

ALMERIA. E.P

Aquejado por una insuficiencia respiratoria, similar a la que obligó a su hospitalización poco antes de recibir el Premio Cervantes el pasado abril, el poeta José Hierro fue internado esta madrugada en la Clínica Privada Virgen del Mar de Almería.

Hierro de 77 años ingresó a la medianoche en la sala de Cuidados Intensivos donde los médicos lo evaluaron sin dar a conocer su estado de salud. El escritor había recibido un homenaje a través del libro «A José Hierro, encuentros», editado por el Instituto de Estudios Almerienses de la Diputación. «Me gustan mucho los homenajes -dijo Hierro- pero me pone muy nervioso oír tantos elogios, que puedo creérmelos. No sé si soy un ser vivo o soy el muerto que se está evocando». En el acto se leyó un poema contenido en su «Cuaderno de Nueva York»: «Sólo deseo dormir, dormir, dormir, tal vez soñar».

Mario Muchnik se confiesa en su propio libro

MADRID. S. C.

Mario Muchnik desvela sus experiencias en el mundo editorial español en «Lo peor no son los autores», un libro lleno de anécdotas en el que recorre más de treinta años de pasión literaria y que fue presentado anoche por Alfonso Guerra y Javier Reverte. El irónico título de esta «autobiografía editorial 1966-1997» responde al comentario que oyó hace tiempo en boca de un editor: «Qué bueno sería este oficio si no hubiera autores». Para Muchnik, «lo peor no son los autores, somos los editores, es inútil buscar en otros gremios todas las cosas feas que vemos en las librerías», dice a Efe.

Impulsado por sus amigos, decidió escribir este libro, en el que narra sus múltiples aventuras en el mundo literario desde que en 1966 abandonó la Física: «Como en los matrimonios, dejé de entenderme con mi profesión y me dejé seducir por una chica de bellas piernas que se llamaba edición». Hoy es propietario y administrador de su propia editorial, Taller de Mario Muchnik.

El cine de Delibes

ÁNGEL FERNÁNDEZ-SANTOS

Una vez oí decir a Ignacio Aldecoa —y su palabra fue, como siempre, un puro trazo, un dibujo verbal, un sonido que misteriosamente se me pegó a la retina— que él distinguía a la escritura de Miguel Delibes por el pudor de su estilo. Entendí que, por debajo de la transparencia y de la impresión de facilidad que despide la fluencia de su prosa, se esconde en realidad un laborioso ejercicio de orfebrería verbal. Hace ya muchos años de esto, pero sigo oyendo esa idea como última palabra sobre la tenue pero vigorosa sensación de permanencia que emana, y crece y crece, de la obra de Delibes. Una vez le conté a él, que no la conocía, esa frase nunca escrita, y me dijo sin titubeo que la compartía: “Sí, es verdad, creo que tiendo a esconder el estilo”. Y ahora percibo algo que late en este escondrijo íntimo del narrador y que identifico como el palpito cinematográfico que se mueve dentro de sus relatos y los hace ser secreta materia, carne de pantalla.

Hace ocho o diez años, en el festival de Valladolid, organizaron la exhibición de todos los filmes y telefilmes por los que pasó el largo idilio de Miguel Delibes con la pantalla. Son muchos, 12 películas en 24 años. *El camino* fue dirigida por Ana Mariscal en 1966 y por Josefina Molina en 1977; César Ardavín hizo *Tierras de Valladolid* en 1967; Cayetano Luca de Tena realizó *En una noche así* en 1968; en 1974, José Antonio Páramo dirigió la versión cinematográfica de *La mortaja*, monólogo teatral derivado de *Cinco horas con Mario*; Antonio Giménez-Rico llevó a la pantalla *Retrato de familia* en 1976, y *El disputado voto del señor Cayo*, 10 años más tarde, en 1986; Mario Camus hizo el inalterable prodigio de *Los santos inocentes* en 1983; *La guerra de papá* fue dirigida por Antonio Merce-ro en 1977 y este mismo director adaptó al cine *El tesoro* en 1988, dos años antes de que Luis Alcoriza cerrara la cuenta con *La sombra del ciprés es alargada* (1990).

Luego hay el salto de una década sobre el vacío, hasta que el otro día anunciaron el rodaje por José Luis Cuerda de *El hereje*. Y en las cunetas de este recorrido quedan además los vestigios de pasión por el cine que desplegó el periodista y crítico cinematográfico Miguel Delibes en las páginas de *El Norte de Castilla*, que él dirigía, y los testimonios —casi todos hablan de la rara facilidad o de la poca resistencia que les ofreció la conversión de la palabra de Delibes en imágenes— de los guionistas que sacaron películas de sus libros. Pero, sobre todo, ahí sigue, intacto y asombroso, casi inexplicable, el hecho de que la literalidad de los diálogos de la pantalla de *Los santos inocentes* sea casi la literalidad de los diálogos de la novela. Y algo así se presagia que puede deducir José Luis Cuerda de *El hereje*. La solvencia con que el director de *El bosque animado* domeñó la enorme dificultad que este insondable libro de Wenceslao Fernández Flórez ofrece a su traslación al cine y, más cerca, el puñetazo de verdad con que en *La lengua de las mariposas* removió el abismo del exterminio, en 1936, por el fascismo franquista, de la vivificadora estirpe de los maestros rurales de la Institución Libre de Enseñanza tienen el sabor de una garantía de que la delicada traslación a la pantalla de la salvaje y verídica *caza de brujas* que nos hiere desde las páginas de *El hereje* está en buenas manos.

Delibes habló de la que va ser su próxima película, *El hereje*, con el sesgo pesimista de quien teme que ha hecho su testamento literario. Es posible que dentro del libro haya algún eco audible de este presagio, pero lo dudo, yo no lo he oído. Es un relato enérgico, que quiere ser buen cine. Detrás del recio y ágil tocho, que se lee sin cansancio, del medio millar de páginas que encierra el esfuerzo de construcción imaginaria del tiempo de la caza de protestantes en el Valladolid del ecuador del siglo XVI, asoman por fuerza indicios de cansancio. La voz de Delibes era en 1998, tras publicar el libro, la de un hombre fatigado que necesitaba un periodo de intenso silencio, del que ahora parece estar saliendo. Y siempre, a los silencios de este hombre los ha roto —sin brusquedad, como el roce de quien emerge pausadamente a la alteración desde un ensimismamiento— la media voz de otro relato que brota, como su estilo discurre, sin dejarse ver, calladamente.

SANTIAGO COGOLLUDO



Sergi López

“Nunca he soñado con el éxito”

MD

Sergi López no para. Su próxima cita con el público es en *El cielo abierto*, la última comedia de Miguel Albaladejo. Después, rueda con Javier Balaguer *Sólo mía*, un reto interpretativo en una dura película sobre maltratos a mujeres. En primavera tiene una cita con Manuel Poirer, para quien ya ha trabajado en cuatro ocasiones; y llegado el otoño se embarca en la ópera prima de Vicente Mora, *El día que murió Judy Garland*. Le llueven las ofertas y la razón es muy sencilla: es el mejor actor europeo del año. Sergi López ha entrado en la galería de las estrellas, y recibe a EL CULTURAL para dar cuenta de sus preocupaciones, sus proyectos y la realización de un sueño que nunca soñó.

Desde que recibió el premio Europa al mejor actor del año, Sergi López ya no es sólo ese padre de familia con aspecto de rockero trasnochado. Ahora le paran por la calle para agasajarle con gestos de admiración, y le acompaña un representante artístico que le lleva en volandas de ciudad en ciudad, de promoción en promoción... Ahora, las

paredes de los dormitorios de algunas adolescentes están cubiertas con su imagen, entre fría y amable, moderadamente corriente y de belleza embrutecida. Ha necesitado una década y una veintena de películas para dejar atrás su vida de francotirador en la jungla interpretativa, pero el actor catalán no quiere cegarse con tanto flashazo y adulación –“El

glamour y la fama son todo lo que no me interesa del cine”, dice–, y repite algo aturdido que no se explica la razón de su éxito, que él no va a cambiar, que sólo quiere trabajar... ¿Falsa modestia?

–No, de verdad... he recibido el premio encantado de la vida, ha sido algo increíble y sorprendente, pero lo que siento por encima de todo es una especie de

rubor malsano, porque realmente no entiendo lo que ha ocurrido. Al principio estaba muy despistado, pero ahora me lo tomo con más calma y procuro disfrutar.

–¿Por qué no entiende que la Academia Europea le haya considerado el mejor actor del año?

–No es exactamente eso. Si los académicos lo han juzgado así,

CINE

Entrevista con Sergi López. Mejor actor europeo de 2000 por *Harry, un amigo que os quiere* 45-46 Estreno de *Anita no pierde el tren*, de Ventura Pons 47 Sorprendente ópera prima de Stephen Daldry, “*Quiero bailar*” 48

perfecto, ninguna objeción. Lo que me desconcierta un poco es que yo nunca he perseguido el triunfo. Me sabe mal decirlo, porque sé que hay muchos actores dejándose la vida para conseguir algo, pero yo no fui a Francia hace diez años con el objetivo de triunfar. Ni siquiera había soñado con hacer una carrera cinematográfica, mis esfuerzos iban encaminados hacia el teatro. Todo esto me ha llegado por inercia.

La posición dramática

—¿Quiénes fueron sus mentores?

—Mi primer maestro fue Toni Albac, un chico de mi pueblo que es capaz de alcanzar registros increíbles. Después me trasladé a París para estudiar en la Escuela Internacional de Teatro, donde estuve dos años trabajando intensamente. En realidad, mi formación es puramente teatral y me dá pena haberlo abandonado. Aunque es un abandono totalmente coyuntural, porque estoy seguro de que volveré a hacer teatro.

—¿Siente que en su paso del teatro al cine ha perdido algo valioso?

—He perdido cosas, pero sobre todo he ganado en ofertas. Creo, sin embargo, que no hay nada comparable a la posición dramática de un escenario para un actor. Allí encima controlas todo lo que estás haciendo y luego no hay nadie para cortar tu mejor actuación en una sala de montaje. He escrito varias piezas de teatro experimental, casi siempre en colaboración con amigos. Ahora mismo, con Frederik Fontayne [director de *Una relación privada*] estoy escribiendo una pieza. Siempre me ha gustado la creación en teatro, porque me he movido mucho por los círculos independientes y alternativos, y es algo que no quiero abandonar... disfruto mucho con ello.

—Entonces, además de dinero, ¿qué ha ganado con el cine? ¿El glamour, quizá?

—Ja, ja, ja... El glamour... Es algo de lo que nunca me he sentido cómplice. Lo miro con cierta distancia y simpatía... es un concepto que está muy asociado a ese halo que desprenden las estrellas de cine. Puedes llegar a alcanzar una cierta popularidad, incluso hay gente que me encuentra glamoroso, pero es una auténtica *boutade*. Es eso que reluce pero que no es oro.

Aunque sea divertido ir en limusina al Festival de Cannes, en realidad es algo completamente falso. No lo contemplo ni mucho menos como algo esencial de mi trabajo.

—¿Dónde establece el límite de sus ambiciones? ¿Quizá en Hollywood?

—Para mí Hollywood no es un objetivo, ni siquiera es un sueño. Tengo la impresión de que para estar allí hay que quererlo, hay incluso que prepararse para ello. Penélope Cruz y Antonio Banderas no están ahí por casualidad. Lo han perseguido y lo han luchado, han sabido qué botones pulsar dentro de la industria. Trabajar en Hollywood no es algo que me interese, ni siquiera me lo planteo. Para empezar, en ningún momento contemplo la posibilidad de vivir allí, a mí me gusta Vilanova, donde vivo, y no tengo ninguna necesidad de cambiar de vida.

“En términos de industria, lo que se refiere a la distribución y promoción de la película, los franceses nos llevan muchas carreras de ventaja”

—Da la impresión de que se lleva muy bien con los cineastas que ha trabajado. La prueba indiscutible es que la mayoría quiere repetir con usted. ¿Cómo consigue separar la relación profesional de la personal?

—Es cierto que suelo tener una relación más allá de lo estrictamente profesional con los directores. Pero aunque quisiera evitarlo, no podría. Son muchas horas juntos, muchas conversaciones... Como esto de actuar no es algo tangible, nadie conoce la fórmula para determinar qué es una mala o una buena actuación, pues la relación con los directores es muy importante. Además, conocer la personalidad del director me ayuda en muchos casos a decidirme por un guión o por otro. Por ejemplo, trabajar con Miguel Albaladejo es un gustazo, porque en ningún momento contemplo el elemento del sufrimiento como parte de su trabajo. Yo estoy en esto para divertirme. Miguel también lo entiende así, y los rodajes con él son pura diversión. No creo que pu-

diera llevar muy bien el trabajo con un director que busca el sufrimiento de los actores para encontrar lo mejor de sí mismos.

—De momento ha sabido escoger muy bien los papeles que ha interpretado, parece como si tuviera un sexto sentido para ello. ¿Ha sido cuestión de suerte o sigue un método especial?

—En cierta manera, lo único que me interesa es el guión, la historia. En realidad no me fío de nada ni de nadie, porque en este mundo es frecuente eso de dar gato por liebre, y además no me fío ni de mí mismo. Tengo claro que lo que me debe interesar es la historia, y para que me interese no tengo una estrategia clara, quiero decir... no me muevo por unos parámetros establecidos, ni me fijo en la simpatía que pueda producir mi personaje en el espectador o cosas así. Ocurre como con

las películas, del mismo modo que algunas te gustan y otras no, generalmente por razones peregrinas que no puedes explicar, lo mismo pasa con los guiones. Yo me quedo con la primera impresión. Si es buena, acepto el papel. Sin más.

Entre Francia y España

—¿Cree, sin embargo, que una buena actuación puede salvar un mal guión?

—Si la historia no se sostiene por sí misma, el intérprete tiene muy poco que hacer al respecto. Creo más en la capacidad de una historia para dar espacio a un actor y que pueda desarrollar su talento.

—Respecto a su talento, han tenido que reconocérselo en Francia para que en España también se le tuviera en cuenta. ¿Guarda algún rencor hacia la industria española?

—No, ninguno. No tengo ningún reproche hacia España. Ha sido todo cuestión de azar.

—¿Ha encontrado muchas diferencias entre un cine y otro?

—Los rodajes son todos iguales, una locura. Pero en términos de industria, lo que se refiere a la distribución y promoción de la película, los franceses nos llevan muchas carreras de ventaja. Destinan una cantidad muy importante de los presupuestos a la promoción, y el actor lo nota mucho, porque acaba trabajando el doble. Es agotador, pero de momento lo llevo bien.

—¿Y en cuestiones económicas?

—Lo cierto es que ambas industrias pagan más o menos igual. En teatro, aunque parezca sorprendente, los actores están mejor pagados en España que en Francia. Pero en cine cobran lo mismo.

—¿Cuál es su caché?

—No tengo. Mi caché va en función de las producciones. Cuanto más cara es la película, más cobro. Es un trabajo que de todos modos está bien pagado, así que no veo la necesidad de imponer un caché.

—¿De qué se alimenta un actor para meterse en la piel de personajes tan introspectivos como los que usted ha tenido que dar vida?

—Si se refiere a alimento intelectual, en mi caso no es muy boyante. Veo poco teatro, veo poco cine y no leo prácticamente nada. Aunque no es algo que diga con la boca grande, porque en cierta manera me avergüenzo de ello. Yo me muevo más por referencias tangibles, me nutro de todo... observando a la gente, intentando comprenderla. La calle me alimenta más que el arte. Soy poco introspectivo trabajando, nunca trato de identificarme con el personaje. Tengo la capacidad de establecer un límite entre el personaje y yo. Lo veo todo más bien como un juego, como una gran mentira o más bien como una mentira mágica. Lo importante es que sea el público, y no yo, quien se crea al personaje que interpreto.

—¿Siempre ha sido así o es consecuencia de que ha alcanzado una madurez como actor?

—Mire... no lo sé. Por más películas que haga, creo que no sabré nunca exactamente si lo que hago está bien o está mal. Ahora estoy en una etapa en la que empiezo a descubrir lo que puedo hacer, mis virtudes y mis limitaciones. En realidad, ahora estoy descubriéndome como actor.

Carlos REVIRIEGO